

III

Las dimensiones subjetivas de la exclusión social

Luz Stella Álvarez Castaño

El carácter multidimensional de la exclusión social ha llevado a la necesidad de utilizar mediciones objetivas como los ingresos y la posesión de ciertos bienes materiales, simultáneamente con otras medidas que buscan conocer la percepción de los excluidos frente a sí mismos y a su entorno económico y social. Generalmente se pretende establecer si existen similitudes entre ambas dimensiones, es decir, si, dadas ciertas condiciones materiales de vida como la pobreza o la pertenencia a un grupo social que sufre exclusión, los pobres y los excluidos se perciben como tal. En este capítulo se desarrollan muy brevemente tres temas: de dónde surge la importancia de reconocer y medir las dimensiones subjetivas del bienestar, la exclusión y la pobreza; su fundamentación teórica y los métodos e instrumentos; y algunas críticas a estas mediciones.

La inquietud por conocer las percepciones de los individuos ha permeado los estudios sobre exclusión social, bienestar, pobreza y desarrollo social, aunque las mediciones continúan enfocándose mayoritariamente en una sola dimensión: la de los ingresos. En los estudios sobre pobreza los enfoques más usados son los directos e indirectos. Desde el punto de vista directo, una persona es pobre si no satisface una o varias necesidades básicas, mientras que, desde el enfoque indirecto, son clasificadas como pobres aquellas personas que no cuentan con los ingresos necesarios para satisfacer sus necesidades básicas, método usualmente conocido como línea de pobreza (Aguado & Osorio, 2006).

La relevancia de las mediciones subjetivas surge de la necesidad de superar el carácter unidimensional del que tradicionalmente adolecen los estudios sobre el bienestar. Según Narayan, la preocupación emerge debido a las limitaciones de los indicadores objetivos como el ingreso y el consumo, que no tienen en cuenta otras dimensiones como el bienestar corporal, social, psicológico, la seguridad y la libertad de elección y acción (Narayan et al., citados por Aguado & Osorio, 2006, p. 27).

La preocupación por medir las dimensiones subjetivas del bienestar ha sido destacada por diferentes autores del campo de la economía del comportamiento y de la psicología (Graham, 2008). Por ejemplo, desde mediados de los 60 se pueden encontrar investigaciones y herramientas de la psicometría que buscan conocer en qué posición de la escalera social se ubican a sí mismos los encuestados. En épocas más recientes los organismos multilaterales de cooperación —como el Banco Mundial y el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (Pnud)— también han insistido en la necesidad de conocer las percepciones de los pobres, como herramienta para superar los escasos logros de las políticas de lucha contra la pobreza:

Una evaluación participativa de la pobreza es un proceso de investigación, que procura entenderla desde el punto de vista de los afectados y hacerlos partícipes directos en la planificación de las acciones de seguimiento. Los afectados más importantes que participan en el proceso de investigación son los hombres y mujeres pobres. Las evaluaciones también abarcan a los responsables de toma de decisiones a todos los niveles de gobierno, la sociedad civil y la élite local, con lo que se revelan los distintos intereses y perspectivas, y se aumenta la capacidad y el compromiso locales con las medidas de seguimiento. Las evaluaciones de la pobreza con la participación de los afectados procuran entenderla en su contexto social, institucional y político local (Banco Mundial, 2000, p. 15).

LOS FUNDAMENTOS TEÓRICOS DE MEDICIONES SUBJETIVAS DEL BIENESTAR

En el campo de la filosofía y la ética la preocupación por otras dimensiones del bienestar, además de las condiciones materiales, no es nueva. Desde Aristóteles a Bentham, pasando por Stuart Mill y Adam Smith, insistieron en la valoración de otros bienes no materiales que

hacen parte de lo que en cada cultura se denomina “la buena vida”. De hecho, con frecuencia se cita el famoso pasaje de Smith escrito en el siglo XVIII en el que destaca que los seres humanos, además de bienes materiales de supervivencia, valoramos otros bienes como por ejemplo participar de la vida en comunidad sin avergonzarnos:

En efecto, por necesidades yo comprendo no sólo los bienes que son imprescindibles y necesarios para la vida, sino cualquier bien que la costumbre de un país considere que a ninguna persona respetable aún de la condición más humilde le debe faltar. Una camisa de lino, por ejemplo, no es, estrictamente hablando, necesaria para la vida. Los griegos y romanos vivieron, supongo, muy cómodamente aunque ellos no tuvieron lino. Pero en los tiempos presentes, en la mayor parte de Europa, un jornalero respetable se apenaría de aparecer en público sin una camisa de lino, porque denotaría ese grado vergonzoso de pobreza en la que, se presume, nadie puede caer sino debido a una, en extremo, mala conducta. De la misma manera, la costumbre, ha erigido los zapatos de cuero como necesarios para la vida en Inglaterra. La persona respetable más pobre, de cualquier sexo, se apenaría de aparecer en público sin ellos (Smith, 1776, citado por Zavaleta, 2007. Traducción de la autora).

A pesar de que, como se anotaba en párrafos anteriores, las dimensiones subjetivas del bienestar son una preocupación de investigadores e instituciones de diferentes corrientes, la mayoría de autores contemporáneos coinciden en reconocer el papel jugado por la teoría del *bienestar como capacidad* de Amartya Sen en la fundamentación teórica de las dimensiones subjetivas de las privaciones que sufren ciertos grupos sociales (Graham 2008; Zavaleta 2007; López-Calva, Rodríguez-Chamussy & Trujillo, 2005).

En su teoría de bienestar como capacidad, Sen formula una crítica a las diferentes corrientes de pensamiento sobre el bienestar, especialmente a la noción de bienestar como disponibilidad de medios y de ingresos, y propone una teoría alternativa que conciba el bienestar como ampliación de las capacidades (libertades) para que las personas puedan alcanzar el tipo de vida que consideran valioso (Sen y Nusbaum 1996; Sen, 1997a; Sen, 1983).

Sen parte de la necesidad de incorporar las diferencias entre las personas cuando se está evaluando su bienestar, en contraste con otras teorías que homogeneizan las necesidades de los individuos al establecer una

canasta básica de bienes, o un mínimo de ingresos, como si las posibilidades de transformar los bienes en bienestar fueran iguales para todos.

En el bienestar como capacidad, Sen diferencia las categorías de funcionamientos y capacidades: **los funcionamientos son estados y acciones**, es decir, cosas que las personas pueden llegar a ser o a hacer. Afirma que la vida de las personas es el conjunto de sus funcionamientos logrados, y la evaluación de su bienestar debe ser en consecuencia, **una estimación de sus funcionamientos**, de las cosas que ha logrado ser o hacer, como estar bien nutrido y lograr un buen estado de salud (Sen, 1995, pp. 53-67).

Los funcionamientos difieren en su valor y complejidad. Los más elementales son aquellos relacionados con la supervivencia como la posibilidad de estar bien nutrido y de escapar de la muerte prematura. Otros más complejos pueden ser, por ejemplo, el autorespeto y la participación en la vida comunitaria. Los funcionamientos que se elijan deben ser los pertinentes según el contexto y los objetivos de la evaluación social.

Las capacidades de una persona son las diversas combinaciones de funcionamientos entre los que pudo elegir: los funcionamientos dan una idea de sus logros y la capacidad refleja la libertad que tuvo para obtenerlos. Retomando el ejemplo del estado nutricional, si una persona tiene como funcionamiento un regular estado nutricional, es preciso evaluar si se le dio la libertad de alcanzar el mejor estado posible, o su funcionamiento refleja una violación a su libertad.

Los funcionamientos alcanzados constituyen el bienestar de una persona y la capacidad de alcanzar funcionamientos constituyen su libertad, es decir, sus posibilidades reales de alcanzar bienestar (Sen, 1995, pp. 53-67). El enfoque de bienestar como capacidad consiste en proponer que al evaluar el bienestar los objetos de valoración sean las capacidades y los funcionamientos, porque garantizan una visión más amplia del bienestar y de la libertad de bienestar.

Las principales razones para no seleccionar los ingresos, y los medios en general, como mecanismo de evaluación del bienestar son según Sen: a) Los bienes son sólo un medio, un instrumento y no el fin del bienestar; b) La misma canasta de bienes puede tener diferentes resultados para las personas, cuando éstas difieren en su capacidad de transformar esos bienes en funcionamientos. Es decir, disponer de los

mismos medios no significa alcanzar los mismos objetivos. Por ejemplo, dos personas pueden consumir la misma cantidad de alimentos pero eso las conduce a estados nutricionales diferentes, porque difieren en sus necesidades nutricionales ya sea por su estado fisiológico (embarazo, lactancia, enfermedad, crecimiento físico) o su actividad física. Igual sucede con los ingresos. La misma renta puede conducir a niveles de vida diferentes según el lugar en que se viva, las condiciones geográficas y climáticas, o el padecimiento de cierta enfermedad que demande mayores inversiones económicas.

Consecuente con su concepto de bienestar, Sen define la pobreza como el fracaso de las capacidades básicas para alcanzar determinados niveles mínimamente aceptables de funcionamientos, que puede incluir desde los más elementales hasta los más complejos y valiosos (Sen, 1995, pp. 119-131). Por eso un ingreso insuficiente no es un problema en sí mismo, el problema radica en que no permite a las personas alcanzar los funcionamientos que ellas y la comunidad en que viven consideran valiosos, ni permite medir cuál es la capacidad (libertad) de la que han gozado para escoger la calidad de vida que tienen.

Por último, el bienestar como capacidad implica entonces comprender que además del hambre y las demás carencias materiales, los pobres también son despojados de la posibilidad de “ir por la vida sin sentirse avergonzados de aparecer en público” y participar en la vida de su comunidad en los términos definidos hace ya varios siglos por Smith (Zavaleta, 2007, pp. 1-4).

MIDIENDO LAS DIMENSIONES SUBJETIVAS DEL BIENESTAR

A pesar de que existe cierto consenso en cuanto a la necesidad de medir las dimensiones subjetivas del bienestar para escuchar las voces de las víctimas de la pobreza y la exclusión, y de contrastar las valoraciones objetivas con la posición en que las personas se ubican a sí mismas en la estructura social, los métodos para hacerlo son con frecuencia objeto de debate. Analizar las fortalezas y debilidades de cada método escapa al objetivo de este texto, lo que a continuación desarrollaremos será un intento de agrupación para facilitar la comprensión de su uso.

Para iniciar, podríamos clasificar en tres grupos las mediciones de las dimensiones subjetivas del bienestar. El primer grupo, está constituido por aquellos instrumentos que permiten confrontar las mediciones objetivas con las subjetivas usando constructos similares; un ejemplo son los que interrogan a las personas sobre la valoración subjetiva que hacen de sus ingresos. El segundo grupo, estaría constituido por las escalas que interrogan a las personas sobre sus niveles de felicidad o bienestar. Y el tercer grupo, por las investigaciones cualitativas que buscan establecer las vivencias y los mecanismos de supervivencia de los pobres y su relación con su entorno.

Entre los instrumentos aplicados para que las personas valoren sus ingresos se encuentra la Pregunta de Ingreso Mínimo (MIQ por sus siglas en Inglés): ¿Cuál es el monto de ingreso (en unidades monetarias) que su familia estima como el mínimo necesario para satisfacer sus necesidades básicas? Esta pregunta está diseñada para evaluar directamente el balance entre lo que las personas reciben como salario y lo que se gastan. Con base en esta pregunta se ha desarrollado la Línea de Pobreza Subjetiva, que puede ser confrontada con las mediciones objetivas de línea de pobreza (Aguado & Osorio, 2006, pp. 30-31).

Pregunta de Consumo Suficiente: la Pregunta de Ingreso Mínimo no ha sido aplicada en los países en desarrollo, pues enfrenta la dificultad de que sus habitantes no tienen una percepción muy clara acerca de su ingreso en términos monetarios, sobre todo, en el sector rural (Aguado & Osorio, 2006). Pradhan y Ravallion (1997) proponen entonces preguntar si los gastos para cubrir las diferentes necesidades de las familias (alimentos, vivienda, vestuario, salud y educación) son considerados suficientes o no (figura 1).

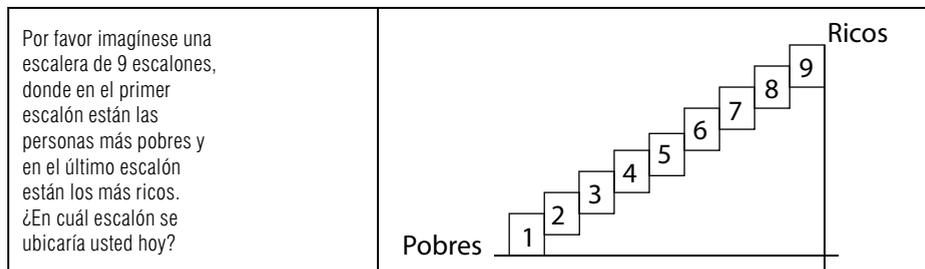
Figura 1. Pregunta de consumo suficiente

En su opinión, el nivel de vida de su familia referente al:	
Gasto de alimentos es	Insuficiente para las necesidades de su familia. Suficiente para las necesidades de su familia. Más que suficiente para las necesidades de su familia. No aplica.
Gasto en vivienda es	
Gasto en vestuario es	
Gasto en transporte es	
Gasto en salud es	
Gasto en educación de sus hijos es	

Fuente: Aguado & Osorio, 2006, p. 32.

En este primer grupo de instrumentos también encontramos a aquellos que interrogan a las personas sobre su posición social. Con diferente número de escalones y formulando la pregunta de diferente manera, los instrumentos coinciden en pedir al respondiente que se ubique a sí mismo en la escalera social. Dentro de este grupo se encuentra la denominada “pregunta de Cantril”, formulada en 1965 por el psicólogo Hadley Cantril a una muestra de personas en 12 países; en ella se utilizó una escalera en donde el peldaño superior representa lo que los individuos consideran su mejor vida posible y cero la peor (figura 2). Los encuestados debían decir en qué escalón estaban en el presente (López-Calva et al., 2005, p. 294).

Figura 2. Adaptación de la escalera de Cantril



Fuente: Aguado & Osorio, 2006, p. 33.

El segundo grupo de mediciones subjetivas del bienestar es quizá el que más controversia suscita. Está conformado por los estudios que pretenden indagar por el bienestar, la satisfacción con la vida que se lleva o la felicidad. Con algunas variaciones, las preguntas aparecen en la siguiente figura:

Figura 3. Pregunta sobre satisfacción con la vida

<p>En general, ¿diría que está satisfecho con su vida? Diría que está:</p> <p>Muy satisfecho</p> <p>Más o menos satisfecho</p> <p>No muy satisfecho</p> <p>Muy insatisfecho</p>

Fuente: Eurobarómetro. Traducción de la autora.

Figura 4. Pregunta sobre felicidad

<p>Tomando en consideración todas sus cosas, diría que usted es:</p> <p>Muy feliz</p> <p>Más o menos feliz</p> <p>No muy feliz</p> <p>Muy infeliz</p>

Fuente: <http://worlddatabaseofhappiness.eur.nl/>. Traducción de la autora.

La evaluación del bienestar por medio de la satisfacción con la vida que se lleva o la felicidad ha sido criticada desde muchos frentes por su potencial conflicto con otros valores, porque debilita la democracia, y por su implícita aceptación de las preferencias adaptativas que en ocasiones deben hacer los seres humanos frente a la desesperanza. Sin embargo, según Samman no se puede negar que los estados de bienestar psicológico tienen valor intrínseco e instrumental. “Ellos contribuyen a una perspectiva más rica del entendimiento de la experiencia humana y particularmente de la importancia de sus componentes no materiales” (Samman, 2007, p. 5).

Samman propone usar cuatro tipos de medidas para evaluar el bienestar subjetivo, que se derivan de dominios diferentes. El primer dominio, está conformado por las preguntas inspiradas en la noción de prosperidad humana y derivadas de la filosofía aristotélica, que denotan la búsqueda de la excelencia basada en el potencial de cada ser humano. En este primer dominio se indaga la percepción de que se lleva una vida con sentido (resultados).

En un segundo dominio, se indaga la percepción de que se camina hacia el logro de una vida valiosa y con sentido (procesos). Basada en la teoría de la autodeterminación, aquí la evaluación se centra en la autonomía y la autoconfianza, las cuales se han considerado imprescindibles para el crecimiento y el bienestar psicológico. De esta manera, conjugando el primer y el segundo dominio, se cuenta con la ventaja de incorporar ambos: procesos y resultados, dándoles simultáneamente importancia instrumental e intrínseca (Samman, 2007, p. 8).

Los dominios tercero y cuarto, están relacionados con las nociones de felicidad y satisfacción con la vida que se lleva, conceptos que para Samman reflejan dos esferas diferentes y por eso sugiere que sean considerados de manera separada.

A pesar de reconocer la importancia de evaluar la satisfacción con la vida que se lleva y la felicidad, es necesario destacar que la relación entre estos constructos y las condiciones socioeconómicas o las características individuales han sido hasta ahora marginalmente estudiadas y no hay consenso entre los expertos: No es claro hasta qué punto la felicidad está más relacionada con factores individuales de personalidad o con condiciones que están por fuera del individuo, como su bienestar económico.

La evidencia sugiere alguna correlación entre bienestar subjetivo (felicidad) con educación, empleo, salud, riqueza y estado civil. También se ha encontrado que las personas con niveles educativos más altos tienden a tener mayores niveles de crecimiento personal (Samman, 2007, p. 28).

La situación es más compleja cuando se trata de correlacionar las medidas de bienestar individual con aquellas medidas objetivas relacionadas con la pobreza. A pesar de que se conocen indicadores que denotan buen “funcionamiento psicológico”, en general se reconoce en la literatura sobre el tema que existe poco consenso sobre cómo estas medidas se correlacionan con las condiciones objetivas de las personas.

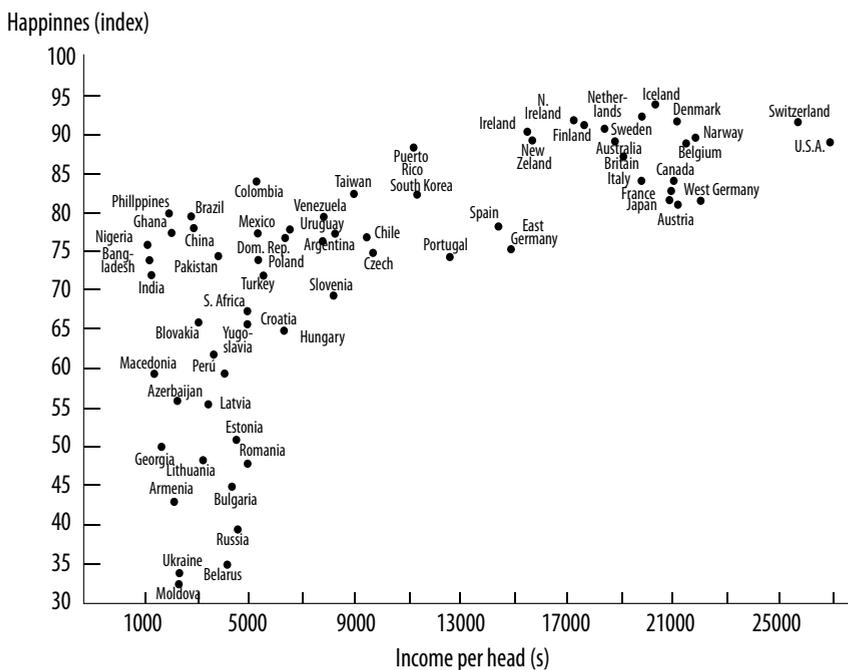
Finalmente la autora destaca la necesidad de diferenciar la importancia de medir la satisfacción con la vida que se lleva y la felicidad como indicadores de bienestar, teniendo la precaución de no tomarlos como indicadores para evaluar la política pública. La cautela se debe a que la felicidad puede ser un estado emocional de respuesta a sucesos de corta duración cuyo origen está relacionado con un amplio rango de situaciones. Por otra parte, la felicidad en sí misma no es siempre deseable, ya que ante algunas situaciones individuales o colectivas como la guerra, la injusticia, los desastres naturales etc., la tristeza y otros sentimientos considerados negativos podrían ser un mejor indicador de funcionamiento psicológico.

Además, como se ha anotado desde diversas perspectivas filosóficas, y como lo ha enfatizado Amartya Sen, las valoraciones que las personas hacen de su bienestar están en función de su marco de referencia. Con frecuencia quienes sufren privaciones económicas por largos períodos de tiempo tratan de reconciliarse con sus circunstancias de vida y apreciar positivamente cualquier gratificación, acomodando sus aspiraciones y deseos a las pocas oportunidades y posibilidades que tienen.

Por último hay que recordar que, dolorosamente, en ocasiones algunos individuos, comunidades o aún naciones enteras han derivado su felicidad de situaciones que causan daño a otros. Es el caso sucedido con el fascismo durante la segunda guerra mundial o en los procesos de exterminio de algunos grupos étnicos. La valoración de algunos resultados sociales —la felicidad— no puede priorizarse sobre los procesos y procedimientos para lograrlos. La felicidad de la población puede llegar a justificar el accionar antidemocrático de algunos regímenes que de otra manera serían injustificables (Samman, 2007, p. 33).

En su estudio sobre la felicidad y el bienestar en América Latina, Carol Graham también nos recuerda los límites de los estudios sobre la felicidad, destacando la que se ha denominado “paradoja de Easterlin”. En su estudio original, Easterlin reveló una paradoja aún no resuelta: mientras la mayoría de los estudios sobre felicidad encuentran que las personas más ricas son en promedio más felices que las pobres, los estudios que comparan los diferentes países entre sí o los países a lo largo de un período significativo de tiempo, encuentran muy poca o ninguna relación entre el aumento de los ingresos por habitante y los niveles medios de felicidad. En promedio, los países más ricos (como grupo) son más felices que los pobres (como grupo); la felicidad parece aumentar cuando aumentan los ingresos hasta cierto punto, pero no más allá. Más aún, entre los países menos felices y más pobres, no hay una relación clara entre ingresos medios y niveles medios de felicidad, sugiriendo que muchos otros factores —inclusive rasgos culturales— están en juego (Graham, 2008, p. 8) (ver figura 5).

Figura 5. Ingreso per cápita y felicidad en la década de 1990



Fuente: Inglehart & Klingermann, 2000.

El tercer y último grupo es el conformado por los estudios cualitativos de corte etnográfico, cuyo objetivo ha sido básicamente “dar voz” a los pobres y a los excluidos. Las investigaciones buscan conocer cómo valoran sus carencias, sus adaptaciones y aspiraciones, qué estrategias de sobrevivencia desarrollan, qué medidas consideran que se pueden implementar para superar sus limitaciones y cómo interpretan el papel de las instituciones encargadas de desarrollar las políticas sociales.

En síntesis, hay diferentes estrategias para intentar captar las dimensiones subjetivas del bienestar; como en cualquier otro campo de conocimiento, sus fundamentos teóricos y los instrumentos usados así como los alcances de su interpretación no están exentos de controversia. De particular importancia en el debate es la aplicación de los resultados y hasta qué punto mejorar el promedio de las valoraciones subjetivas del bienestar, por ejemplo, si la felicidad debe ser el objetivo de las políticas públicas. Pese a las precauciones en el análisis, hoy se reconoce la importancia de complementar las mediciones objetivas de las condiciones materiales con las dimensiones subjetivas para tratar de enriquecer nuestra visión del bienestar y de los valores con que las diferentes culturas evalúan sus bienes no materiales.

Referencias

- Aguado, L. & Osorio, A. (2006). *Percepción subjetiva de los pobres: Una alternativa a la medición de la pobreza*. En: Reflexión Política (15), v. 8. Junio
- Banco Mundial. (2000). *La voz de los pobres: ¿hay alguien que nos escuche?* Madrid, Barcelona, México: Ediciones Mundi-prensa.
- Graham, C. (2008). *Measuring quality of life in Latin America: what happiness research can (and cannot) contribute*. Working Paper (652). Interamerican Development Bank.
- López-Calva, L. F.; Rodríguez, L. & Trujillo, F. (2005). Cada quien habla de la feria. Características socioeconómicas de los hogares y percepciones sobre la pobreza y la política social. En: M. Székely (Coord.) *Desmitificación y nuevos mitos sobre la pobreza: Escuchando “lo que dicen los pobres”*. México: Porrúa.
- Narayan, D.; Chambers, R.; Shah, M. K. & Patesch, P. (2000). *Voices of the Poor: Crying Out for Change*. Nueva York: Oxford University Press for the World Bank.
- Pradhan & Ravallio. (1997). *Measuring poverty using qualitative perceptions of welfare*. Banco Mundial. Development Research Group. Washington D. C.
- Samman, E. (2007). *Psychological and subjective wellbeing. A proposal for international comparable indicators*. Oxford Poverty and Human development Initiative. Working paper 5
- Sen, A. (1983,). *Los bienes y la gente*. En: Comercio Exterior (12), v. 33, México D.F.
- Sen, A. (1995). *Nuevo examen de la desigualdad*. Madrid: Alianza editorial. Diciembre.

- Sen, A. (1997a). *Bienestar, justicia y mercado*. Barcelona: Paidós / Universidad Autónoma de Barcelona.
- Sen, A. & Nussbaum, M. (1996). *La calidad de vida*. México D.F, Fondo de cultura económica.
- Zavaleta, D. (2007). *The Ability to go about without Shame. A proposal for internationally comparable indicators of shame and humiliation*. Oxford Poverty and Human Development Initiative. Working Paper 3.